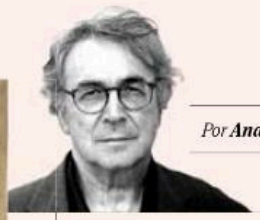

Por **Andrés Trapiello**

Ilustración de **Patricia Bolinches**

"El solterón Azara es un bibliófilo consumado y colecciona cuadros. No le gusta la bulla, desde luego, pero tampoco es un mojigato ni le asustan dimes o diretes"

A LAS MIL MARAVILLAS

AMIGO Y SEÑOR (y II)

De no haberlas comprado un curioso cervantino tras el terror del 2 de mayo de 1808, no se habrían salvado estas maravillosas cartas de José Nicolás de Azara, nuestro ilustrado más zumbón y divertido

La correspondencia del Señor de Azara, con otras infinitas dirigidas a don Manuel de Roda, estaban siendo pasto de la polilla, y en el año 1808 iban a perecer en algún horno de bizcochos o tienda de aceite y vinagre, sin una de esas casualidades que se acercan a prodigiosas»... La historia da cuenta de cómo el terror del 2 de mayo obligó a muchas familias a abandonar la Corte y deshacerse de los enseres que les parecían inútiles: «Como tales reputaron muchos legajos que le entregaron a un mozo de cordel para que los vendiese al peso. Un curioso que le encontró en la calle le preguntó que a dónde iba con ellos, y, sabido, tomó un legajo, y halló la firma de un sujeto relacionado con un su amigo. En vista de esto dijo al mozo que le daría por ellos el doble de lo que le darían en la tienda».

Así se salvaron estas maravillosas cartas de Azara, nuestro ilustrado más zumbón y divertido. De no haberlas comprado el curioso cervantino, lo habría hecho Stendhal para novelar sus crónicas escandalosas. Recordemos. En 1768 Azara llega a Roma. «No hay pueblo tan novelero como este», dirá. La misión es delicada: tratar de que el Papa disuelva la Compañía de Jesús (se consigue en 1773, pero la restauran en 1815). Tiene 36 años y es un librepensador discreto: «Hay cosas que es bueno verlas sin anteojos».

Unos días tiene mucho que contar: «Antes de ayer asesinaron en su propia cama a monseñor Antonelli (...) Los caminos están igualmente que las casas infestados de asesinos, formados de la seguridad que les da la idea del Papa, que ha declarado que no quiere que se imponga más a ninguno la pena capital». Otros, nada: «Amigo y señor: Este correo será breve, porque maldita la cosa que tengo de bueno para decir». Y sin embargo, dos líneas más abajo añade: «Del cónclave no nos vienen más novedades que las entradas de los cardenales y de los esturiones y espígolas [lubinas] y demás tren de la gula, fasto y soberbia de estos sátrapas, excediendo su lujo y ridícula ambición a todo lo que cuenta la historia de persas y sibaritas». Porque tuvo, como se ve, la suerte de ver morir a un papa: «No puede usted creer cuánto dinero siembran por el cónclave los Padres [jesuitas]. Sabemos de regalos de vajillas doradas, celdas hechas, comidas, viajes pagados y otras mil zarandajas».

Y lo mismo, unos días se los lleva la zapa en las famosas cavas del Vaticano y otros, la fiesta: «Estamos en medio de las locuras del carnaval, y este año hay diez veces más rumor que no los pasados en que Rezzonico no quería que las gentes bailasen, de miedo que no viniese el fin del mundo. Yo por mi parte los dejo divertir, y aprovecho mi tiempo con mis libros, que me gustan más que todos los bailes».

Porque el solterón José Nicolás de Azara es un bibliófilo consumado y colecciona cuadros (le ha retratado su amigo Mengs y en su gabinete tiene a Velázquez y a Murillo). No le gusta la bulla, desde luego («No sé cómo no revientan de tanto divertirse»), pero tampoco es un mojigato ni le asustan dimes o diretes: «En mis niñeces había un obispo de Jaca que había sido fraile y decía continuamente: 'No os fiéis de frailes; cuando yo acabé de ser provincial, me acusaron de sodomita; y lo peor es que me lo probaron'. No sé si aquel divertimento de Su Ilustrísima tenía algún fundamento, pero en cuanto a las cábalas que me suponen, de aquí para ante Dios que son tan falsas como el alma de Judas».

Para entonces a aquel hombre paciente acaban haciéndosele insoportables curas y obispos («Creo, sí, que el Papa como quiera que habla es infalible y que puede volver lo blanco negro y lo redondo cuadrado, cosa que ni Newton no supo concebir porque era un majadero») y reconoce «en fin, [que] Roma es y será mi enemiga hasta mi sepultura y por eso ansío yo apartarme de ella todo cuanto pueda». No fue hasta 1798, año en que trocó Roma, ya como embajador, por el París de después de la Revolución. Pero esta es, como suele decirse, otra bonita historia. ■

LA LECTURA

Director: Joaquín Manso
Subdirector: Gonzalo Suárez

Unidad Editorial

Administradores: Marco Pompignoli, Laura Múgica
Director de Negocio: José Jesús López Gálvez

Comercialización de publicidad: Unidad Editorial S.A.
Director General de Publicidad: Sergio Cobos
Publicidad La Lectura: Borja González de Riancho borja.riancho@unidadeditorial.es

Edita: Unidad Editorial Revistas, S.L.U.
DEPÓSITO LEGAL: M-34341-2021
ISSN: 2792-758X
IMPRIME: Bermont Impresión

© Unidad Editorial Revistas, Madrid 2024. Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser -ni en todo ni en parte- reproducida, distribuida, comunicada públicamente, utilizada o registrada a través de ningún soporte o mecanismo, ni modificada o almacenada sin la previa autorización escrita de la sociedad editora. Conforme a lo dispuesto en el artículo 32 de la Ley de Propiedad Intelectual, queda expresamente prohibida la reproducción de los contenidos de esta publicación con fines comerciales a través de recopilaciones de artículos periodísticos.